

Los tugurios de don Fernando

Miguel Salguero

— ACTO PRIMERO —

— ESCENA PRIMERA —

Sala lujosamente decorada de una mansión, propiedad del millonario cafetalero don Fernando González de la Cueva. Al fondo aparece la puerta principal de la casa. Entre el mobiliario se ve un televisor del tipo llamado "consola", de colores, encendido. Arrellanada en butacas aparece una pareja: él, Fernando, de 30 años; ella, Elvia, de 25 años. Observan el televisor: una telenovela.

deportivas. Avanzan hacia la sala, pero se detienen momentáneamente en un gesto de curiosidad. Fernando y Elvia, los sirvientes, se dan cuenta de pronto de la presencia de sus patronos en la sala y se ponen de pie de un salto:

Fernando: Don Fernando, ¿qué es eso! No los esperábamos.

Don Fernando: Se ve, se ve (avanza hacia sus empleados). ¿Y cómo les ha ido?

Elvia: Bien, bien.

Doña Carolina: ¿Se han portado bien los muchachos?

Fernando: Sí, sí. Bien. Siempre estudiando. Pero, ¿no se iban a quedar ustedes un mes más en Sámara?

Don Fernando: Pues esa era la intención, pero Carolina se enfermó y en este tiempo solamente se puede salir en avión, o en caballo a Nicoya. Y son 40 kilómetros de distancia. Por eso decidimos terminar las vacaciones.

Fernando: Es que de veras que no los esperábamos. Por cierto que ayer se me ocurrió encender el televisor un ratito para calentarlo y noté que estaba un poco malo. Llamé al técnico y me dijo que a estos aparatos hay que calentarlos de vez en cuando. Por eso ahora lo estaba calentando un poquito.

Don Fernando: Sí, hombre, está bien. Bueno, ¿pero qué hay de nuevo por acá...?

Fernando: Nada de importancia; bueno solamente el caso ese, que usted sabe...

Don Fernando: ¿Caso de qué?

Fernando: Pues del que le avisé por telegrama.

Doña Carolina: ¿Telegrama? ¿Qué pasó algo?

Fernando: ¿Cómo? ¿No lo recibieron?

Don Fernando: No, nada hemos recibido. Por cierto que estábamos deseando noticias, aunque suponíamos que todos están bien, puesto que si no hay noticias, como dicen los...

Fernando: ¿A la gran puñeta! Ahora sí.

Don Fernando: Ahora sí, ¿qué?

Fernando: Que nos llevó el diablo. Yo creí que usted estaba enterado y que no había venido porque como usted es tan bueno, tiene el corazón tan

grande; el corazón en la mano, como dicen en mi pueblo.

Don Fernando: Pues el corazón lo tengo donde siempre lo he tenido, supongo. Bueno, ¿de qué demonios hablan...?

Elvia: Es que de veras que nosotros creíamos que usted estaba enterado y por eso estábamos tan tranquilos, pero...

Doña Carolina: ¿Pero por qué motivos no nos dicen de una vez? ¿Qué fue lo que ocurrió?

Fernando: Pues es que yo le puse un telegrama hace ocho días; para avisarles lo que había pasado, pero ya ve...

Andrés: (penetra a la sala con cuatro cervezas y unas "bocas" en una bandeja; gesto de sorpresa):

Perdón, perdón. Hijo, pero si es don Fernando. ¡Ay tática Dios! Idiay, ustedes no... idiay, ¿estaban de vacaciones en Sámara? Fernando me dijo...

Don Fernando: Hombre, Andrés. ¿Cómo le ha ido? ¿Celebran algo en esta casa?

Andrés: Pues es que... Fernando me dijo... estoy pintando... digo, voy a pintar la piscina y necesitaba unas cervezas..., pinturas... y vine y Fernando me dijo...

Don Fernando: Anjá, ya veo. Bueno, bueno; pues a seguir en la pintura. Sí, yo le había dicho que me hiciera ese trabajo. Bueno, tómese la cervecita y ahora vamos a ver cómo va la cosa.

Andrés: No, yo solo las traía... (pone la bandeja en una mesita; se va rápidamente)... voy a seguir, con permiso...

Don Fernando: Sí. Bueno, Fernando, y ¿qué decía el telegrama?

Fernando: Pues que esa gente...

Don Fernando: ¿Qué gente?

Fernando: Esa, la que está en la finca.

Don Fernando: Ah, ¿los cogedores de café? ¿Ya empieza la granea? Yo le dije a Lencho el mandador que echara unas cuadrillas se ponía maduro algún corte...

Fernando: ¿Cogedores! Bueno, sí, se cogieron...

Don Fernando: Pero Fernando, por qué estás tan nervioso? ¿Cómo es eso de que si se cogieron...

Fernando: ¿Usted no vio allí detrás donde comienza el cafetal? ¿En el callejón principal?

Don Fernando: ¿Cómo voy a ver, si vengo llegando?

Fernando: Pues ahí están los que se cogieron...

Doña Carolina: Fernando, los cogedores de café...

Fernando: Pues la verdad es que sí, son cogedores, pero no solo de café; se cogieron las matas y la tierra...

Don Fernando: ¿Las matas y la tierra? ¿Qué es eso tan raro?

Fernando: Don Fernando, mire, es que cuando ustedes se fueron a los poquitos días... bueno, la cosa empezó de noche. Yo oí como ruidos raros.

Elvia: Yo le dije a Fernando que se levantara a ver qué pasaba, porque se oía como que andaba gente en el cafetal y me asomé a la ventana y vi unas luces...

Don Fernando: ¿Y los perros? ¿Y el guarda?

Fernando: El guarda andaba en la casa, y le cogió tarde y no vino. Y los perros, viera qué raro, no latieron en toda la noche...

Elvia: Los engrigolaron, como dice mi mamá, con una perra escalentada, como dicen...

Don Fernando: En celo, se dice. ¿Ah sí? Trajeron una perra y...

Fernando: Y como se vuelven locos cuando está así la perra todos se fueron detrás, porque al día siguiente todavía seguía el molote de perros...

Doña Carolina: Bueno, bueno; ya está bien, Pero, ¿qué estaba ocurriendo en la noche?

Fernando: Pues que hubo una invasión...

Don Fernando: (grita: ¿De parásitos? ¿Invasión de parásitos en mi finca?)

Fernando: Pues no en toda, solo en el callejón y en el jardín...

Don Fernando: ¿No puede ser (se lleva las manos a la cabeza), no puede ser! Me han invadido los parásitos?

Doña Carolina: Ay Fernando, esto no es cierto! Es una mentira...

Elvia: No, si es cierto. Viera cómo hay...

Don Fernando: ¿Ay María Santísima! ¿Y qué hizo usted? Los echó con la policía? Llamó a la



Guardia Rural!

Fernando: Yo apenas vi aque-

llo...

Don Fernando: ¿Cuántos son?

Fernando: Bueno, no muchos. Unos treinta...

Don Fernando: ¿Treinta personas en mi finca!

Fernando: No, treinta familias. Y cada uno tiene un runfla de güilas que da miedo. Viera que montón de mocosos... como para poner una escuela.

Don Fernando: Treinta familias! Pero ya los echaron a la calle...?

Fernando: ¿Cómo?

Don Fernando: ¿Cómo que cómo? Pues carajo, con la Guardia Rural, con la Guardia Civil. ¿No le avisó a don Fernando? ¿Ni al Malo Vicente?

Fernando: Yo iba a hacerlo, pero no me animé...

Don Fernando: ¿Qué no se animó? ¿Y por qué diablos no se animó? ¿Puede ser posible? ¿No es esta mi propiedad y usted mi empleado y esos unos invasores que hay que sacar a como haya lugar?

Fernando: Sí, pero pobrecitos. Yo me nuse a pensar que son gentes que no tienen dónde vivir, ni un pedacito de tierra...

Don Fernando: Ah ¡bonita cosa! Ahora usted se pone a pensar por mí. Pero ¿quién diablos le dijo a usted que esto es suyo? ¿O es que ya se siente el dueño? Claro, vengo y lo encuentro gastándome el televisor a colores que vale 15 mil colones y bebiéndose mis cervezas...

Fernando: Pero la finca supongo que todavía es mía; que lo que me dejó mi padre sigue siendo mío. Porque yo me he jodido media vida para conservarlo. ¿O es usted el que se levanta a las cuatro de la mañana a andar por los cafetales, a ver que todo marche bien; v luego se preocupa todo el día de ver que los cafetales produzcan, de averiguar cómo andan los precios del café, de ir a los bancos a buscar dinero para pagar las planillas, de quebarase la cabeza como me la quiebro yo? Es usted...

Fernando: No, no...

Doña Carolina: Fernando, calma. Bueno, veamos la situación...

Don Fernando: ¿Ver qué? Yo voy a ver en dónde está mi escopeta y ahora mismo empiezo a hacer un reguero de M. que no va quedar un demonio de esos ni para contar el cuento...

Doña Carolina: ¿Ay María Santísima!

Fernando: Don Fernando, espérese un momento...

Don Fernando: ¿Esperarme? Esperarme a que vengan y tomen la casa, y tomen mis sillas y mis cosas, y hasta mi mujer? A balazos los saco... Yo no sé por qué demonios no me avisó usted inmediatamente...

Fernando: Yo le puse el telegrama...

Don Fernando: ¿Telegramas! ¿No sabe que las líneas del telegrafo casi siempre están malas? ¿Y que a Sámara no llegan los telegramas? ¿Por qué no me avisó por radio, por la radio de alguno de los dueños de casas en Sámara? ¿O por radio Monumental, que pasa recados?

Fernando: No acaté...

Don Fernando: ¿Como si acató a ver las telenovelas? Bueno, y por qué diablos no avisó por lo menos al coronel Vidal? ¿No me dijo usted la otra vez que eran amigos?

Fernando: Sí, yo lo iba a hacer pero. Mire, es que por la mañana yo me asomé y ¿sabe una cosa? ¿Qué gente más rápida para hacer casas...

Don Fernando: ¿Cómo rápidas?

Fernando: Sí, porque en la noche se jalaron como 15 viviendas. Claro, no son gran cosa, pero sirven para medio vivir. Las hicieron a los dos lados del callejón; dejaron un camino en el centro...

Don Fernando: ¿En la misma noche hicieron 15 casas? Ojalá así de rápido trabajara el IMAS o el INVU. ¡Puña!

Doña Carolina: ¿Y dice que hay muchos niños?

Fernando: Uuuuuuuuuuu... hay hasta para tirar para arriba. Con decirle que una señora tiene 15 de viaje...

Don Fernando: Bueno, bueno, pero dígame, ¿qué carajos

Pasa a la Pág. 14

Los tugurios de don Fernando

Viene de la Pág. 12
pasó que usted no le avisó a la guardia?

Fernando: Que cuando fui a ver qué era lo que pasaba apenas me vieron me rodearon, allí en el jardín. Por cierto que todos los días entran a cortar flores.

Fernando: ¿A cortar flores?

Doña Carolina: Por lo menos se ve que es gente sensible...

Fernando: Las cortan para venderlas allí en las calles de San José.

Don Fernando: ¿Hasta eso? ¿Y qué diablos hace usted? ¿No defender lo de uno? Se roban las flores... y usted viendo televisión. ¿Y qué otra cosa se llevan?

Fernando: Pues... algunos racimos de plátanos... y la leña para cocinar, porque como no hay electricidad, aunque ya hicieron una solicitud al Ice y parece que cualquier día de estos la instalan...

Don Fernando: No es cierto lo que oigo...

Fernando: Pues sí, aunque parece mentira... pero eso no es nada. Ya vinieron del IMAS y del SNAA, porque el problema del agua es muy serio...

Don Fernando: Naturalmente que tiene que ser serio. Si no hay, ni puede haberla, ni la ha-

brá porque es lo mío, y lo mío es mío nada más.

¿Cómo diablos están haciendo para llevar el agua?

Fernando: Bueno, me pidieron por favor que les diera una pajita...

Don Fernando: ¿Tuvieron la osadía de pedirle a usted?

Fernando: Sí, bueno vinieron aquí...

Don Fernando: ¿Pero usted les permitió entrar a esta casa...?

Fernando: Es que no me quedaba más remedio... A veces vienen a ver televisión...

Don Fernando: ¿Pero que me está pasando? ¿Estoy mal de la cabeza? No puede ser verdad lo que oigo. Uno de los dos está desahogado, Fernando, y es usted...

Fernando: Mire, en dos platos. Yo le iba a avisar a la policía, al Resguardo, pero cuando fui por la mañana, y me rodearon, y preguntaron que cuándo venía usted —es que ya habían averiguado que estaba de vacaciones—, uno de ellos se acercó, me llamó por aparte y me dijo Oiga majee, lo que le voy a decir ¿Usted no me conoce a mí?

Don Fernando: ¿Cómo era ese tipo?

Fernando: Macuco, malencarado. Y me dijo: "Mire, carajito, si usted quiere salvar el pellejo, cállese las tapas porque lo que soy yo me lo echo al colete en dos por tres. ¿Sabe quién soy yo? No, le dije. Pues sépalo: Petates".

Don Fernando: ¿El famoso Petates que tenía una gran condena?

Fernando: El mismo, si ese era. Petates, que le dicen así porque se ha echado al petate a más de uno...

Doña Carolina: ¡Jesús! y mis muchachos tan cerca de esos malvados...

Fernando: Yo les tengo prohibido que se acerquen... pero

Don Fernando: ¿Pero qué?

Fernando: Usted sabe que Mario Alberto es así, que tiene esas ideas... más bien a veces les lleva cosas... Y Carolita también. Se han hecho amigos de ellos, por lo que he visto...

Doña Carolina: (sentándose en un sillón): ¡Lo que nos faltaba!

Don Fernando: Bueno, ¿y qué demonios le dijo el mentado Petates? ¿Qué más?

Fernando: Que ellos hacían eso porque necesitaban donde vivir "pero que si el roco del dueño clavea, la cosa se va a poner furrís, porque primero lo sonamos a él, después a ustedes, y en cuanto llegue la paca, se arma el colicho, y aquí va a ver una mazamorra que más de uno va a salir atollao". Así me dijo. Por eso preferí mandarle el telegrama y esperar a ver que decidía usted...

Don Fernando: ¿Y qué he de decidir? A mí ningún Petates me amenaza; no le tengo miedo.

Fernando: Otra cosa, no toda

la gente es mala. Yo me he dado cuenta. Hay unas señoras que son solas, que no tienen marido, y que tienen hasta 10 o más güilas. Las pobres mandan a pedir a los chiquitos para que no se les mueran de hambre. Son esos que van a las sodas de San José a pedir...

Don Fernando: Sí, sí. Ya sé. Pero eso no es cosa de uno. Nosotros pagamos impuestos y hacemos lo mejor que podemos, pero el Gobierno nada hace por terminar con esa situación. ¿Qué quieren? que ponga yo un orfanato...

Fernando: No, ¡pero viera que casos más tristes! Por eso yo no hallaba qué hacer. Una señora tiene tres hijos poliomelíticos, que los manda a pedir en sillas de ruedas. Cada uno que lo lleve; cobran cinco pesos. Y la única hija que no tiene nada, es prostituta. La pobre viejita está muy flaca y yo no hallo como decirle que se vaya...

Don Fernando: Pero en eso es el Gobierno el que tiene que intervenir. ¿Para qué demonios tantas instituciones, tantas palabras...?

Fernando: Bueno, también hay otros casos. Por ejemplo, unas muchachas muy guapas, que trabajan solo de noche, según ellas. Ya como a las siete llegan carros a rondar por allí y a poco salen ellas todas arrgladas.

Elvia: Dicen que trabajan en un restaurante que no cierra en toda la noche.

Don Fernando: ¡Restaurante! Rameras es lo que son. ¿Seguro que hay un reguero de pellejos allí?

Doña Carolina: ¿Qué es esa manera de hablar, Fernando?

Don Fernando: Ah no; entonces son angelitos del Señor. Mirá, si son un aterro de mari-guanos y prostitutas las que se meten en tugurios. Yo lo sé. A mí me han contado los que han ido a ver. Gentes vagabundas que se les ofrece trabajo y no quieren mover un dedo...

Fernando: Bueno, hay algunos que si trabajan bastante. Por ejemplo, un señor con ocho chiquitos, que los tiene en el colegio y la escuela. El se gana la vida honradamente.

Don Fernando: Honradamente. Se ve que ya usted está de parte de ellos. ¿Cómo puede ganarse la vida honradamente un individuo que viene a robarle a uno la propiedad, las flores, y hasta el agua? A propósito, ¿qué hacen con el agua? Usted me dijo que le pidieron una pajita...

Fernando: Y yo la puse. Es que ¿cómo iban a estar así? Con un tubo plástico...

Don Fernando: ¡No, esto no puede ser! Voy a traer ya la escopeta de cazar patos.

Fernando: Pero ellos no podían morir de sed. Además, los chiquitos. Parece que las 30 familias tienen en total 270 niños, porque una trabajadora social hizo un estudio...

Don Fernando: ¿Pero y avinieron a hacer estudios sociales? ¿En ocho días?

Fernando: Sí, ya han hecho cinco estudios sociales: uno el IMAS, otro el INVU, otro el Ministerio de Gobernación, otro el Ministerio de Salubridad, otro los de una Alianza, que no sé si es la del Progreso o de unas iglesias Bíblicas. Ah, y Cáritas está mandando alimentos...

Don Fernando: ¿Todo eso? ¿Y como no se ha dicho nada por los periódicos? ¿O es que yo no me he dado cuenta? A Sámara no llegan periódicos, pero algo debieron haber dicho los radios.

Elvia: Yo leí una noticia en la Prensa Libre y otra en La Nación, pero no se ha hecho mucho escándalo. Es que parece que pidieron que no hicieran mucha bulla los mismos precaristas y porque dicen que en cuanto lo anuncien los periódicos, esto se llena de más parásitos y los problemas aumentarían con la falta de agua, porque la paja que les dio Fernando apenas alcanza un poquito para cada uno...

Don Fernando: Ah, ¿pero este idiota les dio el agua...?

Fernando: Y qué quería, si el que vino a pedirla fue el Petates ese...

Don Fernando: Yo que usted lo hubiera puesto en su lugar. Adió; a un matón así se le habla pan pan, vino vino. Agua, quiere?, Pues váyase a la M. y se acabó.

Fernando: El que se hubiera acabado soy yo. Tiene que conocerlo para que vea...

Don Fernando: por el momento todo el exceso de agua que tenga que pagarle al SNAA se lo rebajo a usted del sueldo.

Fernando: Idiay, qué vamos a hacer. Por ejemplo el hombre ese que tiene ocho chiquitos, Quintín Mora, y que es honrado

Don Fernando: ¿Pero como diablos puede ser honrada una persona que viene a robarse lo de otro? ¿No sé lo he dicho ya?

Fernando: Pues aunque no lo crea, así es. Mire, ese hombre se gana al día unos 10 pesos. ¿Qué puede comprar con esa plata para alimentar 10 bocas? A peso por boca. ¿Usted cree que alguien puede vivir con 10 pesos al día teniendo 10 bocas que alimentar?

Don Fernando: No, por supuesto que no, pero eso es culpa del sistema, del gobierno...

Fernando: Y ese hombre se gana 10 pesos... a veces, porque otros días no gana, pues pasa camaronando y a veces le va bien, a veces no. Ahora bien, ¿de dónde coge para pagar agua, luz, leña, comprar ropa, pagar la casa? Pagaba ochenta pesos por una pieza allí por los baños del Torres y se atrasó y le echaron los chunches a la calle. ¿Qué iba a hacer? Alguien se dio cuenta de que aquí estaba sola la propiedad, bueno no sola, pero que usted andaba en Sámara, y entonces se puso de acuerdo un grupo de esas personas y de la noche a la mañana invadieron.

Don Fernando: ¿Y usted sabe por qué lo hicieron? Por la flojera suya, por la flojera de las autoridades, porque...

Fernando: Nadie les ha dicho nada; nadie las ha llamado...

Don Fernando: Pues yo lo voy a hacer ya; y ya verá que en dos tacacazos van todos esos vagabundos para afuera. Yo se que hay casos terribles, que hay mucha hambre, que hay muchos problemas, pero a dónde iría el apís si dejáramos que la gente se tomara todo? Además, y usted bien lo sabe, lo que yo tengo me lo he ganado con el sudor de la frente. Cierto que mis padres me dejaron una herencia...

Doña Carolina: Sí, Fernando, pero los chiquitos... son más de 200. Deberíamos buscar una fórmula...

Don Fernando: Para eso están los institutos y toda la maquinaria del Gobierno. Qué se ganen el sueldo. Yo, tengo que conservar lo mío. Vivimos en un régimen de derecho y eso debe prevalecer. Aunque a veces parta el alma tener que proceder así. Pero no me queda más remedio. Voy a llamar al ministro.

Doña Carolina: Pero que actúen con calma. ¿Por qué no vamos a hablar con los precaristas?

Don Fernando: No, no. No quiero verme envuelto en problemas personales... Además, el Petates ese podría jalarse una parada. Y yo no voy a permitir que me amenace. Le descargaría el escopetazo encima; entonces, antes de encausarme, mejor llamo al Ministro. Ahora verés.

Don Fernando se acerca al teléfono. Marca un número. Espera.

Doña Carolina: Nunca faltan cosas. Pero jamás me imaginaba algo así. Bueno, ¿y ya no es hora de que estén aquí Mario Albertico y Carolina? por qué habrán tardado tanto?

Elvia: Casi siempre pasan un rato a los tugurios. O creo que como ahora están en el campeonato de basquet y los dos juegan con el equipo del colegio, se quedan entrenando...

Don Fernando: Aloo? Es el despacho del Ministro? Con don Fernando, por favor. De parte de Fernando González de la Cueva, si señorita. Es muy urgente. Gracias. ¿Aloo? ¿Don Fernando? ¿Cómo está, don Fernando? Mire, un gran problema. Necesito su ayuda urgente. Me han invadido mi finca, ésta de aquí, en donde yo vivo, los precaristas. Sí, increíble, pero cierto. Hay treinta familias que se han apoderado... gracias don Fernando, gracias...

Se oyen ruidos de sirenas e inmediatamente tocan en la puerta. Don Fernando cuelga el teléfono, Elvia va a abrir, abre la puerta e irrumpen en la casa 10 guardias civiles con casco, máscaras antigás colgando del cuello, uniforme verde oliva, botas altas, armas, batones, y cada uno con media docena de bombas de gas colgando de la faltriguera. El oficial se adelanta, ante el asombro de González, su señora y empleados, y dice con voz de trueno:

Oficial: ¿En dónde son los motines? Quiénes son los comunistas?

Continuará